

En cuanto á Colon:

—Pronto, muy pronto,—dijo á los que le seguían,—le vereis volver á España cargado de cadenas, y yo os prometo que ni él, ni algun otro de su estirpe, podrá jamás gobernar la isla.

El almirante ha cometido grandes errores, grandes faltas, y ha llegado por fin para él la hora de la expiacion.

La Providencia tiene secretos inescrutables.

¿Cómo era posible que acabase de aquel modo el hombre glorioso, á quien sólo su amor á la ciencia y á la humanidad habian impulsado á arrancar al Océano sus más peligrosos secretos?

Capítulo LXXXIV.

Donde se vé cómo sufren las adversidades los hombres de gran corazon.

Mientras que los sucesos que acabamos de referir ocurrían en la isla de Santo Domingo, Roldan por una parte, y el adelantado por otra, perseguían á los rebeldes en el departamento de Xaragua, en tanto que Colon permanecía en la pequeña colonia que en Bonaó habian fundado los españoles, á quienes se les habian repartido tierras en aquella comarca.

Era al anochecer.

Los últimos rayos del sol, que caminaba á sepultarse en las aguas del Occidente, imprimian al horizonte un aspecto melancólico.

Volvían los trabajadores del campo, en donde durante el día habían cultivado la tierra.

A lo lejos se escuchaban los plañideros sonidos de los areitos que cantaban los indios para olvidar su esclavitud.

Todo era triste, todo era sombrío.

Parecía que en todas partes se reflejaba la amargura que experimentaba el corazón de aquel hombre, de aquel genio, que presentía el porvenir, y era que Colón se hallaba en uno de esos instantes de la vida en que cae el alma en el desaliento, en los que lo ve todo negro, en los que parece que se abre á sus piés la fosa que ha de guardar para siempre sus ilusiones y sus esperanzas.

¡Con qué intensidad pensaba en sus hijos!

¡Con qué afán traía á su memoria los recuerdos de los dos ángeles que habían endulzado las horas de su vida: Felipa y Beatriz!

¡Cómo veía en su imaginación la figura de fray Pedro Antúnez, que tan bueno había sido para él!

¡Cómo recordaba las palabras de Diego de Deza para impulsarle en su empresa, haciéndole ver la gloria que le reservaba el porvenir!

Pero por más que quería borrar los tristes colores del horizonte, recordando los alegres matices que le habían sonreído en los momentos de su apogeo, la pesadumbre de su alma se interponía entre su deseo, y puede decirse que en aquellos momentos no había en su corazón más que melancolía.

Ojeda, uno de sus más valientes capitanes, había aspirado á usurparle su gloria, y había conseguido licencia de los reyes para hacer exploraciones atentatorias á sus derechos, porque habían otorgado á Colón el privilegio exclusivo de descubrir tierras.

Después de haberse alejado de la costa, otras carabelas habían tocado en ella, y había sabido, con profundo pesar, que uno de los Pinzones, hermano de aquel que murió bajo el peso del remordimiento, de aquel que había sido su primer enemigo en el Nuevo Mundo, se lanzaba á empresas como las suyas.

Pero ¿qué eran estos pesares, que podían herir su amor propio, no su codicia, porque no deseaba más que la gloria?

¿Qué era aquella imposibilidad que veía de realizar sus propósitos, los propósitos que le habían inspirado en el campamento de Granada los frailes que habían llegado allí desde Jerusalem para pedir la protección de los reyes, para arrancar de las manos de los idólatras el Santo Sepulcro?

Nuevos disgustos iban á poner á prueba su asombrosa resignación, su imponderable heroísmo.

Un inesperado suceso fué á sacarle de su meditación.

Uno de sus escuderos, que había ido á Santo Domingo al servicio de su hermano don Diego, llegó al sitio donde estaba Cristóbal Colón acompañado de un paje que acababa de llegar á la colonia á las órdenes de Bobadilla.

La llegada de estas dos personas le sorprendieron.

El escudero se adelantó y le entregó una carta de su hermano.

«Ocurren grandes desgracias, le decía Diego. El paje que acompaña al escudero te enterará.

»Espero inmediatamente tus órdenes.»

Colón miró al paje y se sorprendió.

No era la primera vez que veía aquel rostro.

Alarmado Colón, entró seguido del paje en una habitación de la casa donde se hospedaba; y los dos quedaron solos.

—¿No me habeis reconocido?—exclamó el paje.—No me extraña. ¡He sufrido tanto desde que no nos vemos!...

Colón fijó una penetrante mirada en su interlocutor.

—¿Vos aquí, Isabel?—exclamó, reconociendo en el paje á Isabel Monteagudo.

—Sí; yo que he venido espiando á vuestro enemigo, porque no soy ingrata, porque no he olvidado los beneficios que os debo, porque al quedarme sola en el mundo, sin más esperanza ni más deseo que la muerte, juré consagrar toda mi vida á velar por vos, y he venido á cumplir mi palabra.

—Hablad, hablad; no sé qué triste presentimiento me dice que son inmensas las desgracias que me amenazan, ¿Habeis hablado con mi hermano?

—Sí, le he descubierto quién soy, y he venido con vuestro escudero á daros cuenta de lo que pasa.

—No demoreis un instante vuestra explicación. ¡Hablad, hablad por Dios!

—Vuestros enemigos de España,—dijo Isabel,—han realizado sus deseos. Ya recordareis que yo estaba al servicio de ellos para poder saber los planes que meditaban contra vos. El obispo Fonseca, explotando los sentimientos de los reyes, ha fraguado la intriga que ha dado por resultado la llegada á la colonia de don Francisco Bobadilla, el cual ha venido á arrojaros de ella, á apoderarse del gobierno, y á presentaros en la corte como la causa de todos los desastres que han ocurrido en la isla.

—¿Es posible eso?

—Sí; el rey, empeñado en luchas que absorben crecidas cantidades, tiene vivos deseos de que estas tierras produzcan lo bastante para cubrir sus atenciones. Sabe que hay oro, mucho oro en ellas, y vuestros enemigos le han hecho creer que vuestra codicia y vuestros desaciertos son la única causa de los exigüos resultados que dá la posesión de estos países, al mismo tiempo que han presentado á los ojos de la reina, como una indignidad de vuestra parte, el permiso que habeis concedido á muchos de los colonos que han vuelto para llevarse indios en calidad de esclavos; y de comun acuerdo los monarcas, por instigación de Fonseca, han nombrado á don Diego Bobadilla para que inspeccione vuestra conducta, para que examine la situación de la colonia, para que juzgue las causas de la rebelión, para que condene á los culpables, y en todo caso, para que os destituya y tome á su cargo la gobernación de la isla.

—Mentira me parece que hayan podido dar los reyes semejantes órdenes.

—Hace unos cuatro días que hemos llegado. Yo he conseguido, gracias á mi disfraz, volver en calidad de paje de vuestro enemigo, y he venido á anunciaros lo que pasa, para que os dispongais á contrarrestar la influencia de ese hombre.

—¿Y cómo, si tan autorizado viene por los reyes?

—Es cierto; trae los más amplios poderes, y ya ha abusado de ellos. En vano ha tratado de negarse don Diego vuestro hermano á respetar sus órdenes; en vano ha protestado contra todos sus actos. Lo primero que ha hecho ha sido mandar leer en público las reales cédulas que le autorizan á intervenir en todos los negocios de la gobernación de la isla. Ha pedido que le entreguen los presos. Al ver que se oponían á su mandato, ha forzado las puertas de la fortaleza de Santo Domingo, ha penetrado en ella, ha arrestado á sus jefes, y ha puesto á su disposición á los reos. No satisfecho, y autorizado por otra real cédula para pagar inmediatamente á los colonos y obligaros á que saldárais las cuentas con vuestros servidores, ha secuestrado vuestros bienes, ha entrado en vuestra casa y se ha apoderado del oro, joyas, escritos, de cuanto poseeis, y contando con el concurso de todos aquellos á quienes ha favorecido, de los mismos rebeldes á quienes ha ofrecido protección, seguro de que los tendrá á su lado contra vos, puede decirse que á estas horas no teneis ni un sólo amigo.

Colon escuchó estas noticias con profundo abatimiento.

—¿Es posible, —exclamó,—que un hombre como yo, que ha pagado tan caros los beneficios de la suerte, se vea en el ocaso de su vida preso en las redes de viles cortesanos, y herido de muerte con la envenenada espada de la calumnia?

Yo os agradezco las pruebas de lealtad que me habeis dado; pero creedme, Isabel, más me valia haber ignorado todo esto hasta el momento mismo en que ese infame se apoderase de mi persona para ofrecerme el triste espectáculo del castigo que me prepara.

—¡Oh! No, no desmayeis de esa manera. Es infame, y por lo mismo cobarde. Aunque la envidia ha formado en torno vuestro gran número de enemigos, la envidia reconoce el mérito, y aún podreis encontrar entre los españoles, entre los indios, elementos bastantes para destruir la obra que por sorpresa ha logrado llevar á cabo Bobadilla. Sí, yo creo que aún podeis reunir un ejército bastante para sofocar esta nueva rebelion, para hacer pasar á los ojos de todo el mundo á Bobadilla como un usurpador de atribuciones, como un aventurero; y en todo caso, enviarle á España en una carabela colgado de un palo, para que vean los reyes cómo tratáis á los que quieren humillaros, á los que vienen á romper los sagrados convenios que habeis firmado con los monarcas de España.

—No, no es ese el camino que me traza el deber.

La razon está de mi parte, la razon no es la fuerza, no es la venganza. Gracias, Isabel, gracias por los buenos deseos que os inspira mi suerte. Pero yo confío en la Providencia. Yo sé que pone á prueba á sus hijos predilectos; yo sé que cuando acerca el cáliz de la amargura á los lábios de un hombre, es para abrirle los brazos y ofrecerle su gracia despues. Volved al lado de vuestro nuevo amo; que no descubra vuestro secreto, porque podria castigaros. Yo sé lo que debo hacer: estoy tranquilo, quizás una nueva desgracia vá á acabar de purificar mis pecados, vá á consolidar la gloria que se ha servido Dios concederme.

—Ved lo que haceis,—dijo Isabel, que admiraba á Colon y estaba dispuesta á sacrificarse por él;—si Bobadilla perece, todas las cosas volverán á su estado, y yo, que he roto ya los lazos que me ligan á la tierra: yo que moriria contenta por vuestro bien, puedo libraros de su presencia.

—Callad, callad, y renunciad á ese fatal propósito. Si quereis servirme, si quereis que sea grato á mi corazon vuestro recuerdo, respetadle y obedecedle: ahora partid, pudiera averiguarse que habeis venido á verme, y no os lo perdonarian nuestros enemigos.

Isabel partió.

Conociendo las intenciones de Bobadilla, creyó que aún necesitaba vivir para ser útil á su protector.

Colon halló todavía en su alma resignacion, valor, energia, para soportar aquel nuevo infortunio.

—No es la fuerza la que debe oponerse á la fuerza,—dijo;—luchar con las fieras es ser fiera tambien.

La Providencia es quien debe juzgarme.

A pesar de los actos de Bobadilla, no podia creer que estuviese autorizado por los reyes para relevarle.

Aquel cambio tan repentino en la conducta de los soberanos era inconcebible.

La gran reina Isabel no podia haber enviado á la isla un verdugo para que le juzgase.

Aguardó, pues, á saber de una manera oficial la llegada de Bobadilla, para resolver el difícil problema de su situacion.